



Humoradas

Ramón de Campoamor

Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo

I

Ahora que mi queridísimo compañero el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas «humoradas», porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo a alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las «Doloras», el nombre pareció demasiado neológico. Salieron a luz los «Pequeños Poemas» y el título fue muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de «Humoradas» ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es «humorada»? Un rasgo intencionado. ¿Y «dolora»? Una humorada convertida en drama. ¿Y «pequeño poema»? Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo; pero, como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que, por lo menos, es lógico.

- II -

Y como ya nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de «segundas intenciones» escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además lógico, hay otro, enteramente contrario, que se limita a hacer sobre los asuntos apreciaciones de

naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son «el de más acá» y «el de más allá» de las cosas. Yo sé bien que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan a muchas gentes por su misma objetivación e infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que a la sencillez en la forma se una un poro de malicia en el fondo. Respeto la admiración que a algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo, muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve». Este título mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de «lo que se ve»; y el nuevo, que lo llamaremos el de «lo que no se ve». El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza a primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material a lo ultraideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial a lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo son refractarios a dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan a la región de lo indefinido.

- III -

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el señor don Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el señor Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas a las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epitafios, etcétera. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos o quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de «Humoradas» que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose a lo esencial.

Una dolara puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una «humorada», sin dejar de serlo, puede estar, escrita en un pareado, o en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al señor Menéndez Pelayo, a imitación suya, voy, a propósito de estas humoradas, a escribir también un poco de estética trascendental.

- IV -

No quisiera que el lector, al hallarse con estas bagatelas escritas para los álbums y los abanicos de mis amigas, o recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Los he reunido coleccionándolas hoy con las que he publicado hace tiempo con el nombre de «cantares», porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el señor don Gaspar Núñez de Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de «Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados». Creo que el pensamiento del señor Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos a quienes se les puede calificar de sacristanes de «amén», se complacen en llamar «suspirillos germánicos» a toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo a los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman «lapidaria», es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas, son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrada esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, estos por demasiado solariegos y aquellos por poco característicos; y sólo va dejando, como, ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitations del corazón humano.

- V -

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué a esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes o satíricas, se las llama «humoradas»? Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico sentimental que se entiende por «humorismo». Llamo «humoradas» a los pensamientos adolorados, que, por carácter de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es «humorismo»?

Una crítica inconsiderada que cruza a campo traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, a fuerza de oírlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarse «escéptico», sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es «escepticismo»? ¿Me llaman escéptico porque yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reírse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos clasificadores, que cogen la ciencia al oído, porque sé que

es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico a un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escepticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es humorismo? La composición de situaciones, de ideas, actos o pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética que suele hacer reír con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y don Quijote volviendo a su casa molido a palos por defender sus ideas mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase «buen humor», genuinamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra a través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso.

Se ha dicho, que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente, diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios, y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestables; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reír mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, tonto de veras. No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior a nuestras ambiciones y a nuestras finalidades, pintando a la locura con toga de magistrado, y a la muerte con gorro de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente, ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente a todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro»; el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payaso, bufones con tiaras, y papas con miriñaques.

Si, como dice Cervantes, el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios a él y a Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el señor Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es «humorismo», esa alegría unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata a los hombres que a las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas a los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra «frase», diciendo -«que: es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»,- insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas «más de lo que se expresa». El transcendentalismo en el arte consiste en estas vistas a lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando a autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve a distraer haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, la poesía en particular, ganan en intención lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas a unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa a una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor don Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, «sobre las frases célebres», y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, o casi nada. De todas nuestras hablaturías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, a una sola frase parecida a ésta: «¡Allí fue Troya!»

CAMPOAMOR

Primera parte

La niña es la mujer que respetamos, y la mujer la niña que engañamos. Según creen los amantes, las flores valen más que los diamantes. Mas ven que al extinguirse los amores, valen más los diamantes que las flores. Al pintarte el amor que por ti siento, suelo mentir, pero no sé que miento. Te sueles confesar con tu conciencia, y te absuelves después sin penitencia. Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema; pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema. Aunque el amor suele morir de hartura, lo que nunca se había es la ternura. Algún día, a pesar de tus encantos, te matará otro a ti cual tú me matas, que, en materia de ingratos y de ingratas, venimos a salir tantas a tantos. No te ablandes oyendo sus acentos, que el diablo en ocasiones acalora los buenos sentimientos para hacer cometer malas acciones. Aunque tú por modestia no lo creas, las flores en tu sien parecen feas. Todo, en amor es triste; mas, triste y todo, es lo mejor que existe. Hay quien pasa la vida en ese eterno juego de hacer caer a la mujer, y luego rehabilitar a la mujer caída. Te vas a confesar, y el cura dice que a ti, en vez de absolverte, te bendice. Si la codicia de pedir es mucha, el hombre reza pero Dios no escucha. El amor es un himno permanente que, después que enmudece el que lo canta otra

nueva garganta vuelve a repetir eternamente. Miré... pero no he visto en parte alguna del brazo la dicha y la fortuna. Cual todas, tú pretendes, como Elena, ser amada por bella y no por buena. Ese ilustre mortal lleno de hastío era pobre al nacer; mas, rico ahora, mirando a su palacio, siente frío; cuando se acuerda de su choza, llora. Te vi una sola vez, pero mi mente estará contemplando eternamente. Purifica el olor de la opulencia cuando huele a tomillo la indignancia. Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía que no iguala al afán con que se ansía la dicha que se alcanza; por ardiente que sea la esperanza, al convertirla en realidad es fría. Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido que me hará enloquecer: escúchale... más cerca... así... al oído... «Aunque soy ya tan viejo, has de saber...» Es tu historia en mi vida entretejedada una sombra, en la sombra condensada. Cuando oigo tus acentos se vuelven mis ideas sentimientos. Si no quieres tu paz ver alterada, cree mucho en Dios, y en las mujeres nada. ¿Por qué amé a aquella pérfida? Lo ignoro. La esperanza es infiel y yo la adoro. Al decirte hoy adiós, Hortensia mía, permite a mi amistad que te declare, como el hijo de Sión decía: «De mí me olvide yo, si te olvidare». La música es el cielo prometido. Cuando un pintor retrata a un elegido, lo envuelve en nubes de oro, y lo pinta subiendo embebecido oyendo de los ángeles el coro. Tu discreción es tanta, que en ti, lo más bello, es lo que encanta. Más que cuestión de suelo, es la mujer una cuestión de cielo. Vive, niña, advertida, que el que ama tiene cerca la locura, y que acaba muy pronto con la vida la fuerza de una idea en calentura. ¡Qué formas de belleza soberana modela Dios en la escultura humana! Se asombra con muchísima inocencia de cosas que aprendió por experiencia. Resígnate a morir, viejo amor mío: no se hace atrás un río, ni vuelve a ser presente lo pasado. Y no hay nada más frío que el cráter de un volcán, si está apagado. Es la fea graciosa mil veces más terrible que una hermosa. Se matan los humanos, en implacable guerra, por la gloria de ser, en mar y en tierra, devorados por peces y gusanos. No puedo ver con ánimo sereno a los Borgias, cual tú, tan puras y apacibles; pues juzgo, como hay Dios, menos temibles a los Borgias del puñal y del veneno. Como todo es igual, siempre he tenido un pesar verdadero por el tiempo preciso que he perdido, por no haber conocido que el que ve un corazón ve el mundo entero. ¡Belén! Para el amor no hay imposibles. Lo mismo que las palmas, a veces nuestras almas se encarnan a distancias increíbles. Te morirías por él, pero es lo cierto que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto. No insultes el pudor en mi presencia, porque sabes reír con inocencia; porque, si no, mi intrépida mirada te dejará clavada en la trémula cruz de tu conciencia. Ya no leo ni escribo más historia que ver a mi niñez con mi memoria. La desgracia es precisa para grabar los hechos de la historia. O se escribe con sangre nuestra gloria o la borra al pasar cualquiera brisa. Bien merezco, Mariana, la fortuna de escribir en este álbum el primero, porque sin duda alguna soy el que más y el que mejor te quiero. A todo ser creado le gusta, como a Dios, ser muy amado. Procura hacer, para apoyar la frente, un blanco cabezal de la conciencia. Para poder dormir tranquilamente hay un opio mejor que la inocencia. Sé firme en esperar, que de este modo algo le llega al que lo espera todo. Poniéndose y quitándose alfileres, hacen sitios de Troya las mujeres. Al campo voy como a mi hogar primero, pues, al ir desde el valle hasta el otro de distancia en distancia, el olor a tomillo y a romero recuerdan las dichas de mi infancia. Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia que entre él y tú se acuesta otra memoria. ¡Necio soy! Con inútiles medidas te quise sorprender, mas tú eres de esas que para ser de pronto sorprendidas se preparan con tiempo las sorpresas. El amor a los niños y a las flores son amores tan dignos de los cielos, que son tal vez los únicos amores que nunca dan a los amantes celos. Los mortales son siempre los mortales. Y en el mar y en la tierra cerca o lejos los juegos de los niños son iguales, como lo son los sueños de los viejos. Se jura amar una existencia entera, y en un día no más se ama y olvida. Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida, y jamás ha de ser de

otra manera. ¡Igualdad y miseria! Como todo, cuando Dios creó el sol, lo hizo de lodo. Egoísta y falaz, siempre he creído que el velo te pondrás de desposadatan pura como el día en que has nacido; mas pura con el alma desflorada. Conocerás, lector, por tu inocencia, que allí donde hay amor, no hay inocencia. Deja que mi ternurate cuente mis amores, porque soy, cuando miro tu hermosura un árbol carcomido que echa flores. ¿Qué es de tu amor? -No sé. Le di mi mano a aquel objeto de las ansias mías; pero a los pocos días dejó de ser mi esposo, y pasó a hermano. Se oye a los seres que nos son queridos poniendo hasta en los ojos los oídos. La amé el año pasado, y hace ya un siglo, o dos, que la he olvidado. Háblame más... y más... que tus acentos me saquen de este abismo; el día en que no salga de mí mismo se me van a comer los pensamientos. Aunque te admiro tanto, perdona, Clara Lengo, si, temiendo afligirte, no te canto; porque, a la edad que tengo, lo que empieza en canción acaba en llanto. En lo ideal mecida, el llamarte a las cosas de la vida es inútil empeño; para ti el despertar, o estar dormida, es dejar el delirio por el sueño. Sé que al morir, para alcanzar la gloria, limpió su corazón de tu memoria. Alegría y tristeza, suelen ser un error de perspectiva, sobre todo al juntarse en la cabeza con los sueños de abajo los de arriba. Ten siempre con un manto velados tus encantos poderosos, porque, en cosas de encantos misteriosos, perdido va el misterio; ¡adiós encanto! Hay quien es, aunque alegre y casquivana, por cálculo más casta que Diana. Conforme el hombre avanza de la vida en el áspero camino, lleva siempre a su lado la esperanza, mas tiene siempre enfrente a su destino. Ya sé, ya sé que con formal empeño soñaste en resistir, pero fue un sueño. Renovando mis tiernas emociones, me han probado, tus quince primaveras que son nuestras postreras ilusiones iguales en frescura a las primeras. Como oye hablar del hecho hasta el abuso, llama un cura al amor «el vicio al uso». Jamás mujer alguna ha salido del todo de la cuna. Al dar este abanico aire al semblante, tal vez pueda templar, Eugenia mía, esa alma delirante que no tuvo en la vida un solo amante ni vivió sin amar un solo día. Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo en parte terrenal y en parte santo: lo que no sé expresar cuando te canto; lo que yo sé sentir cuando te veo. Recibe, hermosa Gloria, este retrato mío. Tú has dejado en mi vida una memoria más blanca que la estela de un navío. Aunque es la infiel más pecadora que Eva, no se preocupa de ello; pues cree que ha de ir al cielo porque lleva la Virgen del Pilar colgada al cuello. Busca en todo rivales tu mirada; y recuerdan tus celos un marino en el mar con sus gemelos que siempre está mirando, y no ve nada. La amo poco, es verdad. Mi alma rendida, ¿a quién dirás que adora? A la muerte, la sola poseedora de todos los descansos de la vida. Deja que miren mi vejez cansada esos ojos risueños, pues echa, sin quererlo, tu mirada un revoque al palacio de mis sueños. La conciencia, al final de nuestra vida, sólo es un laberinto sin salida. El amor que más quiere, como no viva en la abstinencia, muere. ¿Qué placer hay tras el amor primero? La devoción, que es nuestro amor postrero. Las almas muy sinceras, confundiendo mentiras y verdades, después que hacen de sueños realidades, elevan realidades a quimeras. Ayer le enajenabas con tu acento; pero hoy ya le constipas con tu aliento. ¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino! Tu vida al lado de él es un camino que conduce al infierno. ¡Ya ves que muchas veces el destino adelanta los juicios del Eterno! Le dieron una flor, y ahora nos cuenta que su alma enamoradatan sólo se alimentaba del olor de una rosa disecada. Me suelo preguntar, de dudas lleno: ¿Son mejores los buenos, o los justos? Y la elección va en gustos; yo doy todos los justos por un bueno. Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña, que me encuentre, a mi edad, alegre y sano. De remiendo en remiendo una cabaña vive más que Pompeya y Herculano. En cuanto a castidad, todo la espanta: ve un espejo y se oculta la garganta. Teme a las ilusiones; que es peor la ilusión que las pasiones. La gloria vale poco ante la historia; pero ¿vale algo más lo que no es gloria? Tiene este abanico el donde dar el viento ligero todo acento de pasión: por eso oculto un «te quiero» que siento en mi

corazón. Una sola mirada, si no es pura, en mujer a una niña transfigura. Las Gracias fueron tres, sin duda alguna: pero, desde hoy, el que lo diga miente. Las Gracias eran tres antiguamente: después que ésta nació ya no hay más que una. Mártir en lo pasado, ya inclemente aspira a ser verdugo en lo presente. ¡Falsa! Al hablarme, una ilusión extraña, me trae a la memoria que a mí sólo me engañaba cuando me dice la verdad, la historia. ¡Ay! Como el cielo te ha dado gracia, juventud y amor, cuando te veo a mi lado parece que Dios ya ha echado sobre mi tumba una flor. Siempre es para vosotras peligrosos un ánimo aguerrido y un uniforme hermoso. El fausto militar ¡sexo precioso!, siempre ha sido y será tu prometido. ¿Es sueño, o realidad, lo que he vivido? No lo sé; pues yo que hablo, no estoy cierto si, al juzgarme despierto, estoy dormido o al crearme dormido estoy despierto. ¡Qué bien has aprendido en tu provecho que ser mala es un cálculo mal hecho! He amado a esa mujer de tal manera que no me volví loco, porque lo era. Tal vez hallar consiga a mis grandes errores un consuelo, viendo que, a veces, por bondad del cielo, el rayo que va a un rey, da en una hormiga. Yo suelo con tu nombre, niña hermosa, por más que el curso de mi edad avanza, hacer mi alma dichosa. ¡Sabe tan bien el pan de la esperanza, que ya no me alimento de otra cosa! Tus ojos, con que el alma nos sondeas, son dos soles que alumbran con ideas. En novelas de amor, el sentimiento tiende a empezar por el final del cuento. No le gusta el placer sin violencia; y por eso ya cree la desgraciada que ni es pasión, ni es nada, el amor que no turba la conciencia. Tan grande es tu virtud, que estoy seguro que es verdad lo que dicen muchas gentes, que a fuerza de ser puro se mueren con tu aliento las serpientes. Aspiré a verte un día; pero después de verte, como dijo Jesús, Dolores mía, «mi alma quedó triste hasta la muerte». Lleva el bien del palacio a la cabañal la inmortal «Santa Isabel de Hungría»; y, puesta en los altares, algún día la llamarán «Santa Isabel de España». Dejando al tiempo que ande, y viviendo en un éxtasis risueño, como decía Calderón el Grande, voy tomando la vida como un sueño. Al darme la postrera despedida, me lanzó una mirada que en el pecho clavada la llevé todo el resto de mi vida. ¡Es un sueño de amor su triste historia! Nació; fue amable, candorosa y bella. Amó; reinó; murió; se abrió la gloria entró, y el cielo se cerró tras ella. ¡Feliz si en tu semblante aun ve tu esposa la materia en estado luminoso! Hay seres con el alma más pesada que el barro vil sobre que va encarnada. Te sobra corazón, y, siempre amante, aplicas a otras cosas el sobrante. ¿Por qué se olvidaría la Escritura de hablarnos de los tristes por hartura? No hay mujer que no sea, al huir de algún hombre, Galatea. Merced a tus encantos sobrehumanos no pueden retratarte los pintores, porque, al ver de tu cara los primores, el pincel se les cae de las manos. Odiando el matrimonio ¿te casas? Pues mejor para el demonio. Con tal que yo lo crea, ¿qué importa que lo cierto no lo sea? Nos da la Iglesia el inmortal consuelo de que el bueno al morir «nace en el cielo». Cuanta es mayor por ti mi idolatría, tanto más admirarte necesito, pues halla al contemplarte el alma mía, cuando escucha tu acento, la alegría; cuando mira a tus ojos, lo infinito. No llores y hazte cargo que esa prenda querida al dejar esta vida pasó de un sueño corto a un sueño largo. ¡Dichoso ser! ¡Muere con el consuelo de pensar que morir es ir al cielo! ¿Pues no quiere que crea que vio en Valencia una hortelana fea? Ahora que a hablar de su virtud comienza, yo me cubro el semblante, porque me da vergüenza de pensar lo que pienso en este instante. La que ama un ideal, y sube... y sube... suele morir ahorcada de una nube. Quise un día pintarte, en mi embeleso, Blanca, este fuego que en mis venas arde; mas callé, porque vi que para eso yo nací muy pronto, o tú muy tarde. Convirtiendo en virtud la hipocresía y ajustando las leyes a su gusto, como muchos fanáticos de hoy día, para ser más bribón finge ser justo. Mientras de unirme a ti se acerca el día, tu amor recuerdo y tu virtud imito; tu virtud que era inmensa, madre mía, y tu amor maternal, que era infinito. Pues que tanto te admira el saber de los viejos, voy a

darte el mejor de los consejos: cree sólo esta verdad: «Todo es mentira». No olvides que a Dios plugo curar con un deseo otro deseo. Mata el verdugo al reo y al verdugo después otro verdugo. El corazón hacia los veinte años suele creer con el más vivo anhelo que es dueño universal de esos pensos cerrados por la bóveda del cielo. Odia esa ciencia material que enseñe que el que muere es feliz, duerme y no sueña. Para él la simetría es la belleza aunque corte a las cosas la cabeza. Es mi fe tan cumplida, que adoro a Dios, aunque me dio la vida. Odio a esa infiel; mas durarán mis años hasta el día feliz en que me llame, pues cuando toca a ellas esa infame siempre le abren las puertas mis entrañas. Nunca tendrán utilidad alguna, sin el amor, la ciencia y la fortuna. Mientras ya me dan pena el oro y los diamantes, envidio esos instantes en que van, agachándose en la arena, a coger caracoles dos amantes. Yo creo, al contemplarte tan hermosa, que hasta serías en Atenas diosa. Una vieja muy fea, me decía: «En cuanto a la virtud, creo en la mía». Toda cosa es nacida para tener un trágico destino, y girar y girar en remolino en torno del sepulcro: ésta es la vida. Como los quieras complacer a tantos, a millares tendrás los desencantos. ¡Cuántas horas felices y tranquilas pasará de ti enfrente, el que pueda vivir eternamente asomado al balcón de tus pupilas! Esa fue tan coqueta, tan coqueta, que era, excepto en matarse, una Julieta. ¡Feliz, quien como un canto del camino se deja ir y venir por el destino! Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto que ve en tu rostro el que a tu lado pasa el manantial que Agar vio en el desierto cuando fue despedida de su casa. Toda mujer en el amor postrero, se rebaja cada año un año entero. Como te amaba tanto, el curso se torció de mi destino; pues iba para santo, y después que te vi, perdí el camino. No hay experiencia ni saber que impida el tener desencantos: yo haré pronto cien años y no he hecho más que errar toda mi vida. Cual la hormiga, juntamos el dinero, y luego... esparce Dios el hormiguero. De la mujer, cual tú, que nada espera, amando, a falta de hombres, cualquier cosa, como el ave simbólica y famosa el corazón arde en su propia hoguera. ¡Quién de su pecho desterrar pudiera la duda, nuestra eterna compañera! Es buena, pues se duerme como un leño, y al irse la virtud se lleva el sueño. Fue causa de mis muchos desencantos, una asceta instruida, que aprendió por la vida de los santos las cosas menos santas de la vida. Nunca me hallo sin fausto ni dinero, porque veo en la sombra lo que quiero. Tu amor ardiente y tierno, es tan puro además, que será eterno. Sólo la edad me explica con certeza por qué un alma constante, cual la mía, escuchando una idéntica armonía, de lo mismo que hoy saca la tristeza, sacaba en otro tiempo la alegría. Prohíbeles tu amor con tus desdenes. Sin frutos prohibidos no hay Edenes. Pinchando a sus rivales, te escribe con la espada madrigales. Que no pidas, Manuela, te suplico, a mi edad madrigales ni consejos, porque sé que detrás del abanico os burláis las mujeres de los viejos. Vas cambiando de amor todos los años; mas no cambias jamás de desencantos. Si a comprender aspiras la ciencia de las puras realidades, hallarás que de todas las verdades, la mitad, por lo menos, son mentiras. El pobre está seguro que su perro ha de formar su séquito en su entierro. Voy sembrando esperanzas por los vientos y recojo después remordimientos. Esa mujer tan bella, fue por mí tan querida que alguna vez, para morir por ella, tan sólo me faltó perder la vida. Aun tengo confianza que Dios me dará la fe perdida. ¡Bien haya el que ha inventado la esperanza que es la muerte el principio de otra vida! Cuando halla algún buen mozo que le agrada; qué bien se suele hacer la deslumbrada! ¡Pensando en los adioses de aquel día en llanto me deshago! ¡No puede describirte el alma mía los cien siglos de horror de un día aciago! Si en amar soy prudente, es porque, escarmentado, para obrar con cordura en lo presente, tengo puesto un oído en lo pasado. Contra esa infiel que con rubor se aleja, porque un día mató mis esperanzas, tomé la más atroz de las venganzas dejándola morir de fea y vieja. Sí, aunque tierna y vivaz, aun eres pura, no olvides el consejo que te ofrece esta eterna verdad de la Escritura: «Todo el que ama el

peligro en él perece». Al mostrar a esta niña encantadora, suele decir su madre embebecida: «Aquí tenéis la Aurora de los días más bellos de mi vida». Pocas veces te vi, pero no olvido que yo te amé como no amó Macías, y que fue la pasión que te he tenido un amor inmortal de cuatro días. Por no ser natural hace, cuando ama, de cada paso de comedia un drama. Cual tú, Méndez Leal, busqué afanado una gloria fingida, para saber al fin, desengañado, que no hay más dicha que ésta en nuestra vida: nacer, vivir, amar, ser olvidado. Yo sé quién, de una dicha que no alcanza, va bebiendo en tus ojos la esperanza. Si te casas, Inés, ten por seguro que todo novio es un traidor futuro. Ya, al pretender ser tierno sale del pecho mío un aliento más frío que una ráfaga de aire del invierno. La cuna y el altar son dos moradas donde viven las madres prosternadas. A todo va la inmensidad unida; si entre el ser y no ser media un instante, tiene el punto presente de la vida un infinito atrás y otro delante. De esa antigua coqueta la hermosa las ganas me quitó de hacerme cura. A ti, ducha en amor, ya te da risa una loca de atar como Eloísa. El que sufre, lo mismo que el que adora, creen que todo en el mundo, o quiere, o llora. Tanto aumenta la gloria su estatura, que a ese genio gigante le llamarán «el grande» allá en la altura Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante. Aunque ve que le engañan con frecuencia, no se quiere curar de su inocencia. En su primera confesión, a Puraya no le dio la absolución el cura. PARA UNA INCLUSASi, al pasar el umbral de la existencia, ves que no encuentras a tu madre allí, bendiciendo la causa de su ausencia, llama a esta puerta y la hallarás aquí. Desde que te ha sufrido ya no me extraña tanto que, como Job el santo, maldiga el hombre el día en que ha nacido. No rechaces tus sueños, hija mía; sin la ilusión, el mundo ¿qué sería? ¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces a hurtadilla a través de estas pérfidas varillas con tus pupilas de ternura llenas, a algún hombre feliz, de ti adorado, lo mirarás apenas, por temor de mirarle demasiado! Ya sabes que aunque tanto te he querido cuando eras una pobre verdadera, después que fuiste altiva y herederate honré con un desprecio merecido. Siempre vuela mi mente a buscar el Edén de tus amores como constantemente se vuelven hacia el sol algunas flores. Te advierto, ángel caído, que ya has perdido en la opinión las alas, y que el olor de santidad que exhalas sólo lo percibe tu marido. ¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria si allí existe del mundo la memoria? Las niñas más juiciosas y más puras al llegar la razón hacen locuras. ¿Me quieres? Le pregunta, y ya la esposa dice «sí», mas pensando en otra cosa. Cayó; y al mes siguiente ya era un frío deber su amor ardiente. Aunque huir de ella intento, no sé lo que me pasa, porque yo voy donde me lleva el viento, y el viento siempre sopla hacia su casa. Agita tu abanico muy aprisa y verás como el céfiro ligero se cuenta muchas veces, María Luisa, lo mucho, pero mucho, que te quiero. No pretendas mi cantar, Isabella-Roma, oír. ¿Por qué quieres ver llorar hoy que te toca reír? ¡Es la esencia mejor de la belleza el olor sin olor de la limpieza! Canta el aire, en sus trovas misteriosas, las penas y alegrías de las cosas. Su padre, que era un topo, la juzgaba inocente todavía, cuando yo averigüé que ya entendía la moral de las fábulas de Esopo. Por ser tan instruida, ya entre ella y su niñez media una vida. Ama con furia y odia con tal ira, que clava sus ideas cuando mira. A esa ética feliz la va matando la fiebre que ha cogido durmiendo horas enteras y soñando a la sombra del árbol prohibido. ¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría, al contarte, Enriqueta, mis pesares, si esta alma, que es tan tuya como mía, estuviese en la edad en que tenía el ardor del Cantar de los Cantares! Espera con gran fe, Pepita bella, que el hombre fiel que ha de llamarte esposa, haciéndote dichosa, en ti desmentirá la frase aquella de -¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! En cuanto al bien y al mal, nada hay lejano; todo se halla al alcance de la mano. No escribo versos aquí porque mi nombre recuerdes, sino para que te acuerdes que yo me acuerdo de ti. Sensible, débil, religiosa y vana, eres en todo una verdad humana. Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa, que una bella está bien con cualquier cosa. La vida es un bostezo

continuado, pues al rico y al pobre, a juicio mío, les hace bostezar, según su estado, pobres el hambre, y ricos el hastío. En materia de flores y de amores estoy por los amores y las flores. Teme más al ardor de sus sentidos y a su propia bondad, que a diez bandidos. La que está como tú, Paca adorada, del arte enamorada, discurre de este modo: «La gloria, que no es nada, sobrevive al dinero, que lo es todo». Yo soy un estudiante que, cuando sé que me aman, sé bastante. Su gracia de ángel pasará a la historia, pues al ver de su risa los fulgores, la copian encantados los pintores para hacer las rompientes de la gloria. A mis ruegos el céfiro sonoro contándote estará toda tu vida lo que dijo un autor a su querida: «¡Maldito, sea yo si no te adoro!» Tu comercio de amor naturalista gira más que letras a la vista. Me recuerdan tu ingenio y tu alegría a la primera mujer del alma mía. ¡Cuánta diablura te diría, cuánta, si tú, en vez de mujer, no fueses santa! Nuestra alma ve, de admiración suspensa, que el campo todo el Criador incienso, y juzga con encanto verdadero que es una orquesta inmensa la gran palpitación del mundo entero. Por burlarse tal vez de lo que es santo, creo que fue el demonio quien llamó al matrimonio la noble institución del desencanto. En guerra y en amor es lo primero el dinero, el dinero y el dinero. La más sabia, Rosario, es la que aúna al amor con los bienes de fortuna; que si el dulce no es malo, ni aun en cuenta de palo, es natural que sea servido en copa de oro, miel hiblea. Al verte aborrecida, notarás, recordando cierta cosa, que a todas nuestras faltas en la vida la liga una cadena misteriosa. De una mujer como Virginia, honrada, lo mejor que hay que hablar es no hablar nada. Imita a aquella nueva Galatea, pues, al ver que algún hombre la subyuga, para no ser vencida, siempre emplea la gran estratagema de la fuga. Los padres son tan buenos, que hasta el menos iluso anhela para yerno un noble ruso, o un príncipe italiano por lo menos. La mujer, cuando olvida, es que aun aprecia. El hombre que perdona es que desprecia. Me atrae tanto el cielo, que extraño alguna vez cómo no vuelo. Tan grande fue, que ante él todo es pequeño, «un delito el nacer», «la vida un sueño». Si como el héroe de la Mancha, antaño realicé por tu amor grandes hazañas, hoy, sentado a la sombra de un castaño, pensando mucho en ti, como castañas. No temas de mi amor nada imprudente; sólo se ama a las santas santamente. Se casó ayer, y hoy por cualquiera cosa apuesta la cabeza de su esposa. Es tan casta que ignora, de seguro, que hay algo de hez en el amor más puro. Después que nos han hecho viejos la edad y tristes la experiencia, llevamos dos infiernos en el pecho, que son el corazón y la conciencia. En mí, cada mirada que me lanzase deshace en millones de esperanzas. LOS TERREMOTOS Si esperamos en Dios con calma honrada, premiará nuestra fe su providencia. ¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada al lado del temblor de la conciencia. Colma nuestros deseos, librando nuestra patria, ¡cielo santo! de estos días de espanto en que rezan a solas los ateos. Aunque el hombre se aterra al ver temblar bajo sus pies el suelo; ¿quién sabe si en el cielo será ordenar el trastornar la tierra? Conmueve de placer nuestras entrañas al ver que consolando ajenos males, ya la piedad, desde las casas reales barre la miseria a las cabañas. -¿Qué haremos cuando el cielo casas y templos con fragor derriba? ¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo? ¡Tener fe en la justicia de allá arriba! Debe el bueno sentir que tiembla el suelo como el justo de Horacio, con firmeza, y ver también que se desploma el cielo sin inclinar siquiera la cabeza. ¿Nadie sabe, mortales, por qué cuarteando el globo nos castiga ese gran Dios para quien son iguales los destinos del hombre y de la hormiga? Cuando se abre la tierra estremecida, el bueno reza, se resigna y muere; que es el único sabio en esta vida el que sabe querer lo que Dios quiere. En cuestiones de amor soy de los amantes que, al odio y al amor no interrumpido, hallan más divertida esta rueda incesante de la vida: amor, odio, desprecio y luego olvido. Porque amaste en tres años a tres hombres; ¿te juzgas una infiel? No, vida mía. El amor se transforma y no varía; un mismo amor puede tener mil nombres. ¿Por qué

quieres saber, Ana querida, en qué vive mi espíritu ocupado? Después que mi cariño has despreciado, me ocupo sólo en despreciar la vida. Gracias a ti, he caído en el horrible estado de olvidar cuanto puedo lo pasado, y despreciar después cuanto no olvido. Quiero morir contigo, si el destino nos ha de conducir a aquel infierno en que, unidos en rauda torbellino, se dan «Paolo» y «Francesca» el beso eterno. Te vi una vez, Elia fascinadora, y amé una eternidad en una hora. Cuando yo con el alma te quería, ¿quién presumir pudiera que a despreciar ¡infame!, llegaría en ti y por ti la humanidad entera? No doy los tristes pensamientos míos por tus sueños ligeros y rosados, porque, a cráneos vacíos, prefiero corazones disecados. El amor es un mal, pero es el caso que siempre será un hecho verdadero, que la pasión que volvió loco al Tasso, hará perder el juicio al mundo entero. Te abanicas con gracia, y te suplico que tengas muy en cuenta que puede levantar un abanico, con el aire más dulce, una tormenta. Mueve, por Dios, con tu abanico el viento, porque sé, niña bella, que sus brisas, mezcladas con tu aliento de nuevo encenderán mi extinta estrella. Los muchos que deliran por esos ojos bellos suelen decirnos de ellos que les oyen hablar cuando nos miran. Ya no sé en qué consiste que al verte tan feliz me siento triste. Siento la mala suerte el único destino que es posible, como decía el Tasso, fuera horrible la vida sin el premio de la muerte. ¿Me preguntas, Luz Mont, lo que es dolor? - Es lo que vemos desde el puerto ahora: mientras resiste un bote al mar bravío, con el casco al revés se hunde un navío. Voy a decirte una verdad y es ésta: «No vale nuestra vida lo que cuesta». Ya sabrás, como, yo, Carmen querida, que el amor sólo acaba con la vida; pues con la edad se aumenta de la pasión la llama, y a los sesenta se amasa sesenta veces más que a los cuarenta. ¿Dices, que te he olvidado? Amante desleal, pierde cuidado. Es mi amor tan eterno, que ya empiezo a temer que, enamorado, por ir donde tú irás, iré al infierno. ¡Ay, cuánto te amaría si hoy fuese el que era cuando Dios quería! Emplea tu ternura más bien en la bondad que en la hermosura. Sírverte de gobierno que es un necio galán, buena figura, un emplasto vulgar para uso externo. ¡La ocasión! Nadie sabe adonde lleva, el poder de la sombra de un manzano, cuando se pone, cual se puso a Eva, la manzana al alcance de la mano. Yo sé de alguno que ama, y es incrédulo en Dios, y cree en su dama. En mi duda interior, siempre he admirado la fe de esos creyentes que juzgan, inocentes, que por librar del lodo su calzado, la Providencia, servicial, ha echado las aguas por debajo de los puentes. Te casarás, y acaso al otro día verás tu pecho de amargura lleno. ¿Qué quieres, hija mía? Si una copa de amor es ambrosía, dos copas de placer son un veneno. Esclavos, aprended que en la existencia puede más que la fuerza la paciencia. En vano su memoria quiero dar al olvido, aunque hoy es una santa cuya historia llenaría de escándalo a un bandido. Lo mismo que hace con los sueños míos, irá el tiempo robando tus quimeras: sin más que andar, los ríos acaban por llevarse las riberas. Siento mucho decirte, Ana adorada, que es vano nuestro empeño de ver una esperanza realizada, que el alma acalorada todo en el mundo lo convierte en sueño, lo que es igual a reducirlo a nada. Nada en el mundo alcanza a apagar el ardor de los sentidos. Mil deseos cumplidos no igualan al placer de una esperanza. Enriqueta, estoy cierto que el Dios del cielo me dará su gloria si al saber que ya he muerto rezas tú un «Padre nuestro» a mi memoria. Aunque me he de morir, lo haré sin miedo, pues no suelo creer en lo increíble, y soy un pecador que nunca puedo pensar que es Dios bueno un Dios terrible. Mirándote a mi lado he admirado, he sentido y he pensado: lo que prueba, Joaquina, que tu ser hechicero es la imagen divina de lo bueno, lo bello y verdadero. Aseguran mujeres de experiencia que, si ellas saben algo, es por curiosas, pero que nunca pasará su ciencia de deletrear las cartas amorosas. Siempre aspira a cambiar el hombre ciego la suerte propia por la suerte extraña, soñando en el palacio y la cabaña el labriego que es rey y el rey labriego. El pensamiento mío purifica en tu imagen mis ardores, como se vuelve néctar el

rociometido en las corolas de las flores. La rueda de la vida, ídolo mío, es querer y olvidar. ¡Jesús, qué hastío! Lengua de Dios, la poesía es cosa que oye siempre cual música enojosa mucho hombre superior en lo mediano; y en cambio escucha con placer la prosa, que es la jerga animal del ser humano. ¿Oyes, Concha, los céfiros alados que agita tu abanico en derredor? Pues todos son suspiros o recados que te manda al oído.

Segunda parte

Al mover tu abanico con gracejoquitas el polvo al corazón más viejo. Como el viento continuo, no es sentida la eterna pesadez de nuestra vida. Si pienso en ti, fatigan mi deseo mil pensamientos vanos, y, sin saber por qué, cuando te veo contengo el corazón con ambas manos. Te es infiel ¿y la quieres? No me extraña; yo adoro a la esperanza, aunque me engaña. Aunque eres a mi amor inaccesible, no puedo menos de quererte un poco, pues soy bastante loco para morir creyendo en lo imposible. Se van dos a casar de gozo llenos: realizan su ideal: ¡un sueño menos! De todo lo visible y lo invisible crees sólo en el amor, que es lo increíble. En la aurora feliz de tus amores, sólo querías el dinero en flores; mas, después que pasó tu ardor primero; sólo quieres las flores en dinero. Piensa sólo en amar y en ser amada. El amor es lo que es; lo otro no es nada. Te he visto no sé dónde, ni sé cuándo. ¡Ah! Sí, ya lo recuerdo; fue soñando. Las niñas de las madres que amé tanto, me besan ya como se besa a un santo. Es tal la idolatría con que quiere el destino que te quiera, que creo que te tengo, Carmen mía, la ceguedad de la pasión postrera. Aunque es tu gran belleza para mí inaccesible, te quiero, vive Dios, con la firmeza de un mártir de la fe de lo imposible. A pesar de mis días, como yo te amo a ti, no amé Macías. Me dicen que es un diablo; mas recelo que este diablo, al caer, se trajó el cielo. Lo que yo te decía: os casasteis, y luego, si él te amó hasta la víspera con fuego tú amaste más desde el siguiente día. La mujer más estulta; con qué artificio el artificio oculta! Siempre es algún consuelo que un marido, por serlo, gane el cielo. Fernanda, pienso en ti con tal empeño, que si duermo, no duermo: ¡engaño al sueño! Me han hecho sufrir tanto, que he dudado si el amor será un odio disfrazado. Tanto es lo que te quiero, que el cetro puse en ti del mundo entero. No es raro en una almohada ver dos frentes que maduran dos planes diferentes. Sin la fe la conciencia es un abismo, y el peor compañero es uno mismo. Bendice al mismo tiempo que San Pablo, los matrimonios por amor, el diablo. Al verse tan gentil, ¡con qué embelesose da a sí misma, en el espejo, un beso! Serás feliz, si metes con prudencia en un saco el amor y la conciencia. Con valor sin segundo, un abismo salvé tras otro abismo, y, aunque de todo me salvé en el mundo, nunca pude salvarme de mí mismo. Aunque muy poco a poco, ya llegué al gran saber: ¡Sé que estoy loco! Todo galán, desde que ve ese talle, es parte de una esquina de tu calle. Al pasar por delante de un espejo en que alegre se miraba, dije al ver junto al mío su semblante: ¡Cómo empieza la vida y cómo acaba! ¡Todo pasa, lo mismo que las rosas, los hombres, los imperios y las cosas! Es tan buena mujer, que he comprendido que nunca hará feliz a su marido. Después de bien pensado, fue mi tiempo perdido el más ganado. ¡Maldito mal el mío! Si puedes, huye de él: se llama hastío. Las niñas rezadoras que yo traté nunca piden a Dios el celibato. Es tan cierto el candor de tu belleza, que ocultas sólo el alma en tu franqueza. Tened miedo de aquellas que eclipsan, siendo feas, a las bellas. Con su novio formó un itinerario, y, casada después, siguió el contrario. De su paz envidioso, al ver a un muerto, digo: -He aquí un dichoso. La ambición desencanta de tal modo que a mí ya no me extraña que en salud, en amor, en paz y en todo tenga envidia el palacio a la cabaña. Hay falsas que, mandando en sus sentidos, no se olvidan de sí, ni en sus olvidos. Eres con ellas tan audaz, porque eres un hombre que conoce a las mujeres. Para verte, parece que a tu lado admiradas las horas se han sentado. Más bien que un enfermero, hay quien cree que un marido es un loquero. Si como hombre no sé lo que prefiero, como un niño sé bien lo que no quiero. Es misterioso el corazón del

hombre como una losa sepulcral sin nombre.-¡Amame más!...-la niña le decía. Pero él: -
¡Si es imposible!...-respondía. Ya ni quiero ni puedo volver a unir tu corazón al
mío, porque me causa miedo más que un sepulcro lleno, otro vacío. A pesar de lo mucho
que te quiero, no me mato por ti, pero me muero. Saben bien los amantes instruidos que
quieren decir sí tres «nos» seguidos. Cree, piadoso lector, lo que te digo: con todo estoy
en paz menos contigo. Cual si un tase en los ojos con beleño, el oficio de esposo es dado al
sueño. Como es tan importante lo que te hablo, nos viene a oír desde el infierno el
diablo. Renuncia a hablar de ti, porque no creo que podría imitar, aunque quisiera, a
Petrarca y a Herrera, que cantan el amor sin el deseo. ¡Ay del que, amando como yo, no
alcanzará amor que el amor sin esperanza! Pronto ha de ser este galán tan tierno, cual
todo esposo, un disidente eterno. Todo la duda y la razón lo miran. La fe y el corazón
todo lo admiran. Son todos mis sentidos para verte y oírte, ojos y oídos. Ya sé que fui, por
más que ella lo olvida, el grande amor ochenta de su vida. Como si fuese un leño, ya es,
tenderme a dormir, mi único ensueño. Soy un hombre tan necio, que defiendo mi vida, y
la despreció. Ya decía mi abuela que el amor es un ser endemoniado, que lo mismo que a
un diablo exorciza la bendición nupcial le espanta, y vuela. Tanto es lo que te
quiero, que, aunque amarte es morir, te amo y me muero. Sólo para quererte voy robando
unos días a la muerte. Cuenta el amor muy bajo a las mujeres, que hay un deber contrario
a los deberes. ¡Ay de aquel que ya tiene en esta vida, excepto para ti, la fe perdida! En la
hoja en que escribo este «te quiero», siento el perfume de mi amor primero. ¡Huid,
maldito enjambre de ideas locas que mi frente esconde, pues, como dice Franklin, no sé
dónde, «quien vive de esperanzas, muere de hambre»! Si sufres, ten paciencia: ese es tu
sino. Toda hermosa es un mártir del destino. Sé natural, que es, además de hermosa, la
gran naturaleza una gran cosa. Nació, sufrió, murió. Tal fue su historia. Destino de mujer.
¡Virtud sin gloria! La fuiste a secuestrar, y, ya casado, eres tú, más bien que ella, el
secuestrado. Por ti mi corazón cayó en la cuenta de que hay fiebres de amor a los
sesenta. Dondequiera que voy, hace el destino que te halle casualmente en el camino. Esa
mujer que miras de pasada, jamás, después de vista, es olvidada. El santo matrimonio nos
aterra después que hemos sabido que, en las luchas civiles, el marido es quien paga los
gastos de la guerra. Como un gran abogado, esa perversa hace blanco la negro y
viceversa. ¡Qué olvidos tan extraños! Al verte no me acuerdo de mis años. Hay rubias,
como tú, tan verdaderas, que, al esparcir el día sus destellos, parece que las mismas
hechiceras cortan rayos del sol con las tijeras y después os los ponen por cabellos. Hay
quien da vuelta al mundo, y luego exclama: -Para nuestra alma el mundo es lo que se
ama. Sólo a mi amor has dado un instante de gloria; mas juro que, sujeto a mi
memoria, jamás caerá ese instante en el pasado. Al salir a la calle las ideas, son del
incendio popular la teas. Te dije el fin de las amantes glorias que conseguir
anhelas; casarte como en todas las novelas, y hartarte como en todas las historias. Lleva
siempre en la frente lo que se ama, como Moisés, un resplandor de llama. ¿Dudas de mí?
Teniendo tantas hechas, no es raro que un ladrón tenga sospechas. ¡Cuánta mujer que
marcha al casamiento, da en la calle, en el río, o en el convento! Aprende, niña bella, que
tan sólo es dichoso el que no olvida que, aunque no hay nada inútil en toda ella, no hay
cosa más inútil que la vida. Muchos, cual yo, delante de tus ojos, no se miran de pie, se
ven de hinojos. Con bondad e inocencia, hermosura y talento, Teresa, Dios hará que en tu
existencia siga siempre alumbrando tu conciencia la ley de tu divino pensamiento. Si tan
niña, eres ya la criatura más linda que el amor ha conocido, ¿qué será cuando el tiempo y
la hermosura den tu cuerpo a las Gracias concluido? Si en hacerla feliz tenéis
empeño, tomad la realidad y dadla el sueño. Aunque morir me quiero, por no olvidarme de
tu amor no muero. El hombre suele hacer todo lo bueno por la mujer que le llevó en su
seno. María, es además de sentimiento tu mirada una luz con pensamiento. Al ver al

mundo entero vagar sin norte y con la fe perdida, siento por él ese dolor sincero que siente por su enfermo el enfermero en el último instante de su vida. Gertrudis, pido al Dios omnipotente, con el más vivo anhelo, que pasen las tristezas por tu frente, como pasan las nubes por el cielo. Pasando, indiferente por mi lado, no le importa a la infiel que ya no la ame; aun no ha sentido, como yo, esa infame el tormento de odiar lo que se ha amado. Desde que vi, Mercedes, tu hermosura, el quererte es mi ramo de locura. Al final de la orgía siente ella pesadumbre, y él bostezo, que en amor, ya agotada la alegría, se queda cada cual con su tristeza. Te adoré el primer mes; pero al siguiente era un frío deber su amor ardiente. ¡Paciencia! Hoy como ayer y ayer como antes, nace y muere un amor en dos instantes. A fuerza de burlar y ser burlado se adquiere este secreto: que el hombre es un perfecto condenado y la mujer un ángel incompleto. O lánzame al horror del fuego eterno, o elévame del goce al alto emporio; pues tu amor, que no es cielo ni es infierno, jamás deja de ser un purgatorio. Van y vienen, por sitios alfombrados la grey de engañadores engañados, con hojas de los árboles caídas, unas cuantas esposas aburridas y otros tantos maridos fastidiados. Son iguales, Leonor, nuestros destinos; morirás, como yo, de mal de amores, porque siempre, y en todos los caminos, tu corazón asaltarán, traidores, el tedio y el placer: dos asesinos. -¿Por qué dicen -pregunta Rosalía-, que nos mata el amor, siendo tan bueno? -Lo dicen los que saben, hija mía, que, si un vaso de amor es ambrosía, un vaso de placer es un veneno. ¡Qué bien llevas los años que han pasado! Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo! ¿Recuerdas cuántos son? Yo lo he olvidado. Sólo a indicar me atrevo, desde el tiempo viejo en que te he amado, barrió el polvo de un siglo un aire nuevo. Sólo recuerdas de tu edad pasado lo que hubo de infeliz en tus amores. ¡Qué quieres, prenda amada! El dolor nos recuerda otros dolores, pero un placer no nos recuerda nada. Todavía, perjura, mi corazón se goza en la amargura de tus falsos amores, como una sepultura que, con restos de un muerto, cría flores. ¿Qué diabólicas mañas tendrá esa pecadora, que cuando llama a ellas, la traidora (2) siempre la abren las puertas mis entrañas? Si algún César triunfante viera desde el fondo de su gloria, podría ese lunar de tu semblante hacer variar el curso de la historia. Fue inútil nuestro afán; no hemos logrado reavivar tus ardores ni los míos, porque el amor y el agua de los ríos, no vuelven a pasar si ya han pasado. Al ver hoy tan erguido al galán que vio ayer tan humillado, el mundo ha conocido que llegó para ella el bien perdido legando para él el bien logrado. ¡Aunque no suele enardecer su pecho el calor de la fe, pasa la vida, en lágrimas deshecho envidiando al que cree! Sin la fe, la conciencia es un abismo, y el peor compañero es uno mismo. Pasando de la pena a la alegría, nuestra alma es el retrato de esa móvil campana que en un día toca a boda, a agonía, a oración, a bautizo y a rebato. Un rizo de tu rubia cabellera es la gloria mayor de mi destino: si como hecho es un trapo una bandera, como idea es un símbolo divino. A eterna fe nuestra alma condenada, los que no creen en Dios creen en la nada. Me dijo «sí», con tan discreto modo, que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo. No deja verte bien ni un solo instante, la inundación de luz de tu semblante. Como van las malditas experiencias nuestra alma invalidando, en cada año que pasa voy echando una pata de palo a mis creencias. La novedad del día en las ciudades es la cola del perro de Alcibíades. Hay quien tiene ictericia de soñar que le ahorca la justicia. Yo, como muchos, creo que dura nuestro amor lo que el deseo. ¡Dichoso el que no olvida que no se halla ventura si, a una conciencia pura, no se une la esperanza de otra vida! En cualquier mujer, reina o pastora, se encuentra alguna cosa encantadora. Soy en pensar que me amarás un día el ciego que soñaba que veía. Me inspiras compasión, pues dicen que eres ¡oh infeliz!, muy feliz con las mujeres. Me dijo, al verme triste, una chilena: -Siempre hay una mujer junto a una pena. ¡Dichosa la mujer que no conoce que, en los goces tranquilos, falta el goce! Pareces, Delia, de la aurora hermana, y creo firmemente que al nacer tú, dejó sobre

tu frente sus rayos más hermosos la mañana. Les falta algo de amor, a los amores que no son un infierno de dolores. Si en la senda del mal te ves perdida, no sigas adelante. Para volver al bien en esta vida todo momento es el supremo instante. ¡Quién pudiera, con tierna confianza deslizarse en tu oído ciertos cuentos, Inés, que yo he aprendido de mi eterna nodriza la esperanza! Acompañado del tintín del orotoda mujer dormida oye un ¡te adoro! ¡Oh! ¡Qué niña tan bella!... En mi tiempo, su madre era como ella. Cuando te cases, Lola, te encontrarás con él dos veces sola. Fanny, guardando de tu edad primer recuerdos halagüeños, te he de dejar por mi única heredera cuando haga el testamento de mis sueños. Por flaquezas del cuerpo, o las del alma, la vida es un pecado que se empalma. Hay sabio, de impiedad tan candorosa, que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa. ¿Preguntas qué es amor? Es un abismo, mal y bien, esperanza y desaliento, antídoto y veneno a un tiempo mismo, odio y pasión, deleite y sufrimiento. Viejos y nuevos, grandes y pequeños, los ídolos pasando desde el cielo a la tierra, van echando pasadizos de fe, puentes de sueños. ¿Qué es preciso tener en la existencia? Fuerza en el alma y paz en la conciencia. Eres el tipo raro de esas que hacen un velo del descaro. Cuando dudaba de ella, vacilaba; pero ya no vacilo: su amor, mientras dudé, me atormentaba; hoy sé que me es infiel y estoy tranquilo. Todos lo han conocido: ¿Va con uno y bosteza? Es su marido. Tu mano de marfil, que antes ardía, ya me suele quemar de puro fría. Tratad con indulgencia a aquel que hace lo innoble con decencia. No olvides un instante que es quedarse detrás no ir delante. ¿Por qué saben las gentes que has pecado? Lo saben porque rezas demasiado. Alegra el ver a las mujeres bellas, como idealiza el alma el ver estrellas. ¿Qué saqué al fin de los amores míos? La cabeza caliente y los pies fríos. Eres, después de vieja, sirena inversa que, si llama, aleja. Es cosa en ellos y ellas convenida, dar ellas la virtud y ellos la vida. Adoré tanto a Estrella, que, a pesar de su edad y de la mía, siempre que me habla con los ojos ella, yo la oigo con los míos todavía. Se hace también, merced a la conciencia, en los lechos de pluma, penitencia. Al pedirme la luna muchas veces, yo les di el sol, la luna y las estrellas. Ya tanto tu virtud exteriorizas, que a fuerza de pudor escandalizas. ¡Cuánto desventurado hay que cree conquistar y es conquistado! ¡Cuán feliz es el que oye eternamente el mismo ruido de la misma fuente! ¡Feliz tú, que tan sólo has disfrutado la embriaguez de lo real en lo soñado! Hay mujer que se juzga tan despierta, que siempre piensa el mal y nunca acierta. Dice esa infame que por mí ha sabido que el hombre es un demonio pervertido. Yo una vez tuve amores con una mujer fiel... ¡Horror de horrores! Te vendí y me vendiste: está bien hecho: la venganza, en España, es un derecho. Amantes y no amantes me dicen que, como eres tan hermosa, parecen tus pendientes de brillantes los gusanos de luz junto a una rosa. Sin los puntales de la fe, algún día la bóveda del cielo se caería. Aunque un ángel lo llene de agua pura, todo vaso es un cáliz de amargura. A un tiempo nos deleita, y nos maltrata la preciosa Angelita, pues es mujer que, si nos mira, mata, y, si vuelve a mirar, nos resucita. Diría la verdad, si te jurara por los dioses mayores y menores, que son los hoyos de tu hermosa cara el nido de mis últimos amores. Hay Cresos que con ansia desmedida gastan la vida en apilar dineros sin calcular primero que el oro vale menos que la vida. Busqué la ciencia y me enseñó el vacío, Logré el amor, y conquisté el hastío. EN LA MUERTE DE ZORRILLA Por bueno y por glorioso, el cielo quiso que subiese al Edén, que merecía, el último cantor, que descendía del primer ruiseñor del Paraíso. Ha muerto, y, desde ahora, sus despojos ya se verán, más que de pie, de hinojos. De él, de su amor, y de tu fe, y de todo hará, el deshielo de la nieve, lodo. Teme más, el que es bueno, a su propio desprecio, que al ajeno. Te vi ayer, y perdona si al momento contigo me casé de pensamiento. Por falta de virtud o de memoria, mientes más tú que el que inventó la historia. ¿Niegas que fuiste mi mejor amiga? Bien, bien; lo callaré: nobleza obliga. Si miro de tus ojos al espejo conozco que no

sirvo para viejo. Tan sólo con mirar, o dar la mano, vas causando más fiebres que un pantano. Es grande en extensión el Océano; pero es más grande el corazón humano. Soy en creer las cosas tan reacio, que solamente leo la historia, como un viaje de recreo por los campos del tiempo y del espacio. La muerte, por nosotros tan temida, es un cambio de frente de la vida. Suele morir el hombre en los momentos en que empieza a ordenar sus pensamientos. No hay una luz más bella que la nube, del humo del hogar que al cielo sube. Da al diablo, el hombre, la existencia entera y la dedica a Dios la hora postrera. ¿Te casaste? Pues bien, ya has conquistado frío hogar, mesa muda y lecho helado. Cuando ames, Esperanza, ten presente que lo hermoso del hombre está en la frente. Hombre, no temas al infierno tanto, que el pecador, cuando se casa, es santo. Pues te robó a mi amor, que sufra en calma que tú y yo nos besemos con el alma. Si al morir va al infierno mi marido, es que vuelve al país en que ha nacido. Al fin te consagraste a los altares, más bien que por tu fe, por tus pesares. Empleando las frases vagamente, no dice la verdad, y nunca miente. Sé por mí que no hay nada más helado que el cráter de un volcán, si está apagado. ¿Y su amor? Ya está muerto y enterrado, pues hay quien ha advertido que se limpia al descuido, con cuidado el sitio en que la besa su marido. Cree que ya en otra vida ha sido un reo a quien ahorcó el verdugo, y yo lo creo. No tengáis duda alguna: felicidad suprema no hay ninguna. Nadie puede librarse en su camino de los celos con trampa del destino. Debí un favor a una mujer muy bella, y, aunque fue a precio vil, después de aquella toda mi vida al acordarme de ella la siento hasta en la punta del cabello. Aprende a ver sin pena que tendrá su ambición su Santa Elena. ¿Qué son la gloria ni el poder, si, en suma, la gloria aburre y el poder abrume? Cosas que nunca ha comprendido mi alma, bailar con frenesí y amar con calma. Teniendo a dos para llenar las horas, ríes con uno, y con el otro lloras. Teresa España, adiós; aunque no quiera, te he de olvidar, lo sé... cuando me muera. A fuerza de estudiado, es un marido más estulto que Homero traducido. Cazadores y amantes cautivan fascinando con reflejos: unos cazan mujeres con diamantes, y otros cogen alondras con espejo. Ya la vida desdeñal ver que, más que un sueño, es un mal sueño. Además del perdón que me has pedido, te concedo el desprecio y el olvido. Dadme sangre española que, sin fuego y sin luz, se inflame sola. Conque ¿tienes amor con una mujer fiel? ¡Horror de horrores! Es tal mi somnolencia, que, aunque estoy en Madrid, vivo en Valencia.

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

